

Manuales y precisas instrucciones para la praxis del perfecto guerrillero. El MLN-Tupamaros

Manuals and instructions for the praxis of the perfect guerrilla. The MLN-Tupamaros

José M. Azcona Pastor¹, Miguel Madueño Álvarez¹

¹ Universidad Rey Juan Carlos, España

josemanuel.azcona@urjc.es , miguel.madueno@urjc.es

RESUMEN. El movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T) fue una organización guerrillera orientada al ámbito urbano que desplegó una estrategia basada en la clandestinidad, pero al mismo tiempo se estructuró tomando aspectos propios del ejército. En el presente artículo, en base a documentos originales de archivo nos disponemos a trazar las directrices principales de este grupo y las instrucciones a sus militantes con el objetivo de mejorar las acciones de tipo insurgente.

ABSTRACT. The Tupamaros National Liberation Movement (MLN-T) was an urban oriented guerrilla organization that implemented a strategy based on clandestineness, but at the same time was structured taking on aspects of the army. In this article, based on original file documents we set out to draw up the main guidelines of this group and the instructions to its militants with the aim of improving insurgent actions.

PALABRAS CLAVE: Tupamaros, Guerrillero, Insurgencia, Uruguay, Montevideo.

KEYWORDS: Tupamaros, Guerrillero, Insurgency, Uruguay, Montevideo.

1. Introducción

En mitad de la década de 1960 irrumpió en la República de Uruguay, encorsetado en el ámbito metropolitano de la ciudad de Montevideo, un grupo insurgente conocido como el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T)¹. Su origen y presencia en un país que, a priori, vivía en un régimen democrático de libertades, se justificó alegando a los altos niveles de corrupción practicados por la clase política y a la necesidad de emprender una lucha internacionalista que agrupase a todos los pueblos del continente americano, para hacer frente a las injerencias del imperialismo dirigido desde la Casa Blanca (Azcona, 2018: 4)². Así, el MLN-T se nutrió de simpatizantes, hastiados del régimen de corrupción que supuestamente anegaba todos los niveles de la vida pública. Una vez dentro, los militantes se debieron a una organización insurrecta de marcado mensaje revolucionario que en ocasiones protagonizó operaciones terroristas y causó víctimas mortales. El grupo promovió una política de adoctrinamiento de sus miembros hartos acusada, respaldada en documentos que editaban y publicaban desde su cúpula, aunque su sola presencia no se tradujo en su seguimiento exhaustivo. El fin era atarlos en los dogmas que les habían empujado a abrazar aquel estilo de vida guerrillero, y, asimismo, dotarles de las herramientas imprescindibles para que ese camino fuese más sencillo. Aquellos escritos internos dotaron a los insurgentes de manuales básicos de trabajo y sirvieron, en cierto modo, para evitar que se cuestionasen algunos aspectos de la lucha y operaran de una manera dedicada exclusivamente a la causa. La creación de mentalidad de ejército³ en una organización guerrillera la veremos asimismo en comunicados y boletines internos del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en México o el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile (Azcona & Re, 2015), pero incluso dentro de las filas tupamaras, los escritos no tuvieron un efecto homogéneo, aplicándose de forma distinta por las facciones en las que se dividía la organización y variando en función de las fechas y otros aspectos circunstanciales.

A partir de documentos originales del archivo del MLN-T, recopilado por David Campora y ubicado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República de Uruguay en Montevideo, en las siguientes páginas nos proponemos desglosar los diferentes manuales editados con el objetivo de comprobar el adoctrinamiento de sus militantes. La hipótesis de esta investigación es que el MLN-T no dejó ningún aspecto sin tratar y la existencia de vademécums detallados difícilmente proporcionó espacio a los guerrilleros para la improvisación, aunque ciertamente la hubo. Esto supone dos realidades, primero: que el MLN-T fue especialmente diligente en sus labores gracias a la reglamentación de su actividad y, segundo, que los grupos violentos, a menudo vistos por la prensa y la opinión pública como simples bandas de delincuentes, tienen una estructura y una disciplina que las hace altamente operativas. No obstante, la aparición de estos textos trató de resolver una carencia cuya existencia en todos los militantes, copaba las más altas preocupaciones de la jefatura del MLN-T, resumida en la conciencia, la organización y la dirección de la lucha (Azcona & Re, 2015: 183). Así lo mostraban en un boletín fechado en 1969: “hay una gran experiencia

¹ Un conocimiento más detallado del grupo insurgente puede verse en: Aldrighi, C. (2001). *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo: Ediciones Trilce; (2007). *El caso Mitrión*. La intervención de Estados Unidos en Uruguay (1965-1973). Montevideo: Editorial Trilce; (2009) *Memorias de la insurgencia. Historias de vida y militancia en el MLN-Tupamaros. 1965-1975*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental; Duffau, N. (2009). *El Coordinador. La participación de los militantes del Partido Socialista en los inicios de la violencia revolucionaria en Uruguay*. Cuadernos de Historia Reciente, N°5, pp. 57-70; Gilio, M.E. (1979). *La guerrilla tupamara*. La Habana: Casa de las Américas; Labrousse, A. (2009). *Una historia de los tupamaros*. De Sendic a Mujica. Montevideo: Editorial Fin de Siglo; Marchesi, A. (2019). *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del muro*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

² A partir de 1955, la prosperidad financiera comenzó a desaparecer debido a una crisis económica muy intensa que eliminó esa visión de Uruguay como la Suiza de América Latina. Véase el interesante trabajo de Rey Tristán, E. (2011), *Democracia y Revolución: una convivencia compleja. El caso uruguayo*. Navegamérica, 6, pp. 1989-2110. Para un conocimiento más profundo de Uruguay en la década de 1960, véase: Alonso, R. y Demasi, C. (1986). *Uruguay 1958-1968: crisis y estancamiento*, Montevideo: EBO; Broquetas, M. (2014). *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental; Nahum, B. Frega, A., Maronna, M. y Trochon, Y. (1990). *El fin del Uruguay liberal, 1959-1973*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

³ Todos los ejércitos regulares existentes dependientes de un Estado, se rigen por reglamentos internos muy estrictos en cuanto a normas de convivencia, regulación de tareas, prohibiciones y todo tipo de guías para crear un funcionamiento general adecuado y eficaz evitando la aparición de personalismos. Un ejemplo de ello es el Real Decreto 984/1992, de 31 de julio, por el que se aprueba el Reglamento de Tropa y Marinería profesionales de las Fuerzas Armadas. BOE, 209, de 31 de agosto de 1992, pp. 30037 a 30042.



acumulada que en algunos casos se ha vertido en forma de manuales. Extractaremos los aspectos esenciales con la finalidad de que los nuevos compañeros y todos en general, trabajemos lo más metódicamente posible, sin correr riesgos motivados por la inexperiencia” (AMLN-T, 1969 [1]). En este aspecto, hay que tener en consideración que los guerrilleros tupamaros se movían por ideas y pasiones humanas que en algunas ocasiones entraban en contradicción con la estricta normativa emanada desde su cúpula o desde las direcciones de las columnas.

Por tanto, nos disponemos a dar a conocer todas las instrucciones precisas que hicieron y ponerlas en relación con el adoctrinamiento de los militantes dentro del MLN-T, atendiendo a aspectos organizativos, estratégicos y tácticos⁴, combinados con otros de carácter más mundano relacionados con la forma cotidiana de actuación, que en conjunto, compusieron el libro de cabecera del guerrillero tupamaro.

2. Organización y seguridad

El MLN-T produjo varios escritos tratando el asunto. En 1968 se dictó el primero de ellos, titulado “El problema de la seguridad” en el que se hicieron las recomendaciones oportunas sobre algunos aspectos de tipo preventivo como el porte de armas. En este sentido, los tupamaros no debían estar en posesión de ningún tipo de armas salvo en el transcurso de acciones y más si no estaban fichados por las fuerzas policiales. En caso de necesidad o de un traslado, correspondía cumplir una serie de precauciones como llevarlas ocultas, por lo que se recomendaban pistolas y revólveres, y si era posible, utilizar a otros colaboradores en las transferencias sin que supiesen que estaban reubicando armamento. Estas premisas, si bien intentaron concienciar a los guerrilleros en el uso responsable y discreto de las armas, no pudieron competir con el hecho de que el MLN-T era una organización guerrillera en la clandestinidad que tenía como principal herramienta de trabajo las armas de fuego. Es presumible que la tensión de determinados momentos o la simple falta de familiaridad con el peligro, pusieran en riesgo a los guerrilleros novatos o involucrados en un problema. Lo mismo se expresaba con el uso y tenencia de documentos comprometedores. Las casas debían estar limpias y de los escritos se decía: “de ser posible, en lugar de destruirlo devuélvaselo a quien se lo entregó para que pueda seguir cumpliendo su función en forma controlada. De no ser posible o muy dificultoso, entonces destrúyalo” (AMLN-T, 1968 [2]). El manual de organización y seguridad fue creado para instruir a los tupamaros en dichas cuestiones, tanto las de evasión como las de descubrimiento de sistemas de vigilancia. Para ello, expusieron varias formas de percatarse de posibles perseguidores o elementos policiales que les observasen, como detenerse frente a una vitrina o escaparate en la calle y contemplar en el reflejo cualquier movimiento o actitud extraña. Otro de los métodos recomendados fue: “dejando caer un pedazo de papel en el suelo o en cualquier parte” (AMLN-T, 1969 [3]), lo que despertaría el interés del husmeador y posiblemente le hiciera recogerlo o buscar lo que había caído en la calle. Otras tácticas recopiladas fueron retroceder en el recorrido habitual para encontrarse con caras conocidas o desvelar a posibles perseguidores; detenerse inmediatamente después de un bar o en una esquina y esperar a que apareciera el figón descubriendo su identidad; subiendo en vehículos de transporte público y fijándose en los rostros de los que iban a bordo una y otra vez; y saliendo repentinamente de los mismos, para forzar al ojeador a salir o perderle la pista. Lo curioso del manual era que estaba orientado a las dos posiciones, tanto si el tupamaro era el vigilado y tenía que escabullirse como si era el vigilante. Pero dichas instrucciones no valoraban el entrenamiento que habían podido recibir los posibles perseguidores o víctimas de su persecución. La policía uruguaya tenía también sus tácticas para seguir a los sujetos sospechosos y habían recibido entrenamiento para ello, algo que los tupamaros no siempre tuvieron a su alcance, dadas las condiciones de lucha clandestina y por tanto, la inexistencia de academias o escuelas dónde se impartieran conocimientos de ese tipo, lo que nos hace pensar que los manuales no fueron de gran ayuda en condiciones de máximo estrés o cuando competían contra oficiales de policía experimentados.

En ocasiones, el MLN-T llevó a cabo labores de pesquisa para ejecutar posteriores golpes con éxito y era

⁴ En este aspecto resulta interesante la consulta de algunos manuales y libros cercanos al fenómeno del guerrillero y a sus actuaciones como: Serge, V. (1972). Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión. S/l: Ediciones Era; Marighella, C. (2009). Minimanual del guerrillero urbano. Santiago de Chile: El Cid Editor; Fucik, J. (2021). Reportaje al pie de la horca. S/l: Editorial Cienfuegos; y Perrault, G. (1981). La orquesta roja. España: Bruguera, S.A.

por tanto obligado estar previstos ante cualquiera de estas tácticas, pudiendo responder con disimulo y soltura. Por tanto, para el caso de seguimiento de objetivos, se recomendaba que el vigilante estuviese detrás en todo momento y que al acercarse a esquinas acelerase el paso y se colocase muy cerca para no perder de vista al perseguido. Si este se detenía o entraba en algún edificio, el militante podía reaccionar continuando el paso. Lo ideal, según el boletín, era realizar un seguimiento con dos miembros “AB” o con tres “ABC” para ir alternando las veces en las que el objetivo podía sospechar y reduciendo la probabilidad de ser reconocidos (AMLN-T, 1969 [3]). En la publicación incluyeron un gráfico con la posición que debían tener los ojeadores en las cuestiones de seguimiento con los supuestos de que fuesen uno, dos y tres individuos⁵, pero insistimos, eran sólo casos figurados sobre un papel que no podían valorar los conocimientos de seguimiento de los policías. En otro documento se daban algunos consejos para evitar ser descubiertos y garantizar la clandestinidad de los guerrilleros durante los encuentros, como rezaba el título: “La represión conoce su oficio. Día a día afina su puntería. No darle oportunidades en ningún momento. No subestimarla. Debemos mantener la iniciativa siempre” (AMLN-T, 1969 [4]). Las recomendaciones hechas por la cúpula a sus militantes fueron: cambiar constantemente los lugares de contacto y no utilizarlos nunca más de dos veces, aspecto harto complicado teniendo en cuenta la extensión de la ciudad de Montevideo y la particular lucha clandestina; estar en movimiento si el cruce se realiza en la calle; ser naturales en los encuentros, no ser efusivos ni tampoco demasiado apáticos, lo que suponía, en cualquier caso, una experiencia consumada o una habilidad innata; reducir el tiempo del contacto al mínimo; evitar dar plantón a un compañero para no originar alarmas falsas; respetar el uso de señales de peligro consensuadas previamente; utilizar claves sencillas si eran notas escritas, para evitar el exceso de información en manos de la policía; buscarse coartadas y realizar los contactos en lugares conocidos por ambos interlocutores (AMLN-T, 1969 [4]). Todos estos aspectos, que sobre el papel podían ser entendidos y puestos en marcha, debieron fallar también en muchos momentos, pero lógicamente sirvieron de guía e hicieron saltar las alarmas cuando algo no se ajustó a los manuales.

En un tercer texto expuesto a finales 1972 ante la creciente presión de las Fuerzas Conjuntas, de cinco páginas, se volvieron a analizar los temas de seguridad y a dar instrucciones a los tupamaros para poner en práctica medidas e intentar garantizar así, primero la clandestinidad y después la lucha en un entorno urbano (AMLN-T, 1972 [5]). Reincidieron en la compartimentación de la organización, fundamentando el principio de que aquel que no tiene información no puede revelar nada (Brum, 2004: 96). Las células no debían conocerse, los militantes se comprometían a identificarse solo por su nombre de pila, sin apellidos, y cada tupamaro debía estar al tanto estrictamente de lo necesario a nivel organizativo. El uso de seudónimos o apodos fue corriente (AMLN-T, 1968 [2]) algo muy común en las organizaciones insurgentes y terroristas, y que dota de una seguridad extraordinaria el anonimato de sus miembros, utilizado por ETA, IRA o las FARC. Eran las mejores pautas para combatir las dos herramientas que consideraban más peligrosas de las Fuerzas Conjuntas: la tortura y la inteligencia (AMLN-T, 1972 [5]). En un entorno urbano, cualquier calle, casa, sótano, berretín o zona suburbana se convertía en un escenario de guerra (Mercader & De Vera, 1970: 14), ya que el escenario de “lucha” del MLN-T era la ciudad de Montevideo, carente por tanto de elementos naturales o accidentes geográficos como en el caso de las guerrillas rurales establecidas en otras latitudes del continente. Esta atmósfera exigía ser más escrupulosos en sus relaciones y movimientos, y sumaba una nueva desventaja a los tupamaros con respecto a los miembros de otras guerrillas. Una novedad que se incluyó en aquellas nuevas páginas fueron las referencias a los locales y escondites. Era ventajoso que fuera una casa, lo que evitaba el contacto con vecinos que se daba en los pisos y apartamentos, y que tuviera un garaje para poder introducir y sacar en el maletero del coche desde compañeros buscados hasta armas. Además, fue de uso obligado, en todos los locales, la construcción de un berretín (Brum, 2004: 114) para esconder documentación, armas y cualquier material comprometedor. Este debía tener una apertura conocida por el mínimo de militantes posibles, invitando a que fuera únicamente el jefe de la célula (AMLN-T, 1972 [5]).

Respecto a la documentación, para el MLN-T crucial empero peligrosa, se fijaron también una serie de pautas como que los materiales inservibles no se acumularan y se destruyesen y que estos estuviesen todos

⁵ Según indica el gráfico en una nota adjunta, el material de Organización y Seguridad fue extraído del Manual de seguimiento de la CIA.



juntos para, en caso de apremio, poder eliminarlos o evacuarlos con facilidad (AMLN-T, 1967 [6]). También se exhortó que los documentos futuros, pero aún no en circulación, fueran enterrados en berretines sitios en playas, pozos o lugares alejados de los escondites habituales y recuperados antes de empezar a ser utilizados, un procedimiento que se extendió durante el año 1972 debido al incremento de la represión. Igualmente, se regularon las relaciones personales del militante con sus familiares. Por regla general, se recomendaba que sus más allegados no conocieran su naturaleza tupamara, pero en caso de que algún pariente lo descubriera, no debían darse demasiadas explicaciones (Mercader & De Vera, 1970: 116). Contemplaron también que dos familiares formaran parte de la organización, en cuyo caso era de recibo actuar como con cualquier otro miembro: “En la militancia no hay parientes ni amigos, sino compañeros” (AMLN-T, 1968 [2]). Unas de las mayores y más importantes tareas de los componentes, además de salvaguardar su propia seguridad, era hacerlo con la de su grupo al que pertenecían: células o columnas y con la de la organización en general. Es presumible la falta de disciplina en estos aspectos cuando las relaciones humanas profundizaban y que muchos secretos fueron desvelados en conversaciones acaloradas o en encuentros de alcoba.

La Circular n°3 hizo referencia a la seguridad personal como medio de preservar el resto. Las medidas que debía adoptar cada individuo pasaban por cuidar en extremo la clandestinidad. Para ello, recordaron que su descuido era un mal endémico: “quien se reitere en el incumplimiento de principios tan básicos como la discreción, no es, no podrá ser nunca un revolucionario, un cuadro, un buen militante, no es compañero en quien confiar” (AMLN-T, 1968 [7]). Al corriente del documento n°2 del MLN-T, el tupamaro debía ser un individuo consciente y convencido y sus virtudes la iniciativa, la prudencia y la autocrítica (AMLN-T, 1968 [8]). Rolando Sasso definió al militante tupamaro como autosuficiente (Sasso, 2015: 127), y Antonio Mercader y Jorge de Vera como un “completo samurái” (Mercader & De Vera, 1970: 115), algo alejado de la realidad pues los tupamaros eran seres humanos con sus limitaciones intrínsecas y condicionados por relaciones sociales, que debían convivir en una ciudad o área metropolitana y compaginar en muchos casos sus ocupaciones laborales con las guerrilleras. A lo que se añadía la circunstancia de que muchos eran estudiantes o simples asalariados que no habían tenido formación de lucha ni contacto con la acción guerrillera hasta que habían ingresado en las filas de la organización. En resumen, la importancia de la seguridad y la organización en el MLN-T fue crucial y contemplada por la cúpula guerrillera como la piedra angular sobre la que debían confluir el resto de elementos, especialmente aquellos dedicados a la estrategia y la táctica, pues sin una buena planificación de la estructura era inviable conducir acciones con éxito.

3. Armamento y tácticas de combate

Sobre las armas y su manejo, el MLN-T mantuvo cierta inquietud ya que eran la herramienta esencial de los tupamaros. Durante los primeros años, que la prensa denominó “propaganda armada” (Brum, 2004: 107), estas se utilizaron como elementos de coacción y por seguridad de los propios guerrilleros, aunque rara vez terminaron descerrajándolas. A medida que la lucha fue enconándose y la espiral de violencia adueñándose de la situación en Montevideo, las armas jugaron un papel más llamativo⁶. El MLN-T no podía competir, como es lógico, con la policía, el ejército y mucho menos el Estado, y la limitación de acceso a armamento, siempre ligero y unipersonal, dejaba a los guerrilleros en clara desventaja, razón por la que la organización se preocupó de que sus efectivos materiales siempre estuvieran dispuestos y en buen estado.

La mayor parte de las armas que portaban los tupamaros eran cortas y unipersonales. No había armeros ni depósitos más allá de algunas excepciones en las taturceras⁷ de las zonas suburbanas y, por tanto, cada guerrillero debía ocuparse de mantenerlas en óptimas condiciones. De ahí que el MLN-T editara también un manual para sus militantes. En la publicación se describían las armas como mecanismos de precisión que requerían un máximo cuidado basándose en algunas premisas: después de disparar, había que limpiarlas lo antes posible; lo que no era óbice para mantenerla siempre en perfecto estado de pulcritud y engrasada: “no

⁶ En referencia al uso de la violencia como elemento para llegar al poder resulta interesante el trabajo Rey Tristán, E. (2016), *Violencia y acceso al poder en América Latina*. Revista CIDOB d’Afers Internacionals, 112, p. 173-195.

⁷ Refugios o escondites, normalmente situados en la zona metropolitana de Montevideo y también en áreas suburbanas a veces bajo tierra.

permita que con el tiempo, el aceite se vuelva espeso o grueso” (AMLN-T, 1969 [9]); no se debía colocar el armamento en el suelo o en contacto con arena, tierra y polvo; no era oportuno presionar el gatillo aunque estuviera parcialmente desmontada; no era aconsejable dejarla en la funda continuamente para evitar que el cuero la oxidara; era obligado cuidar el gatillo y los engranajes después de disparar; no era de recibo taponar el cañón con nada; y para las semiautomáticas, se aconsejaba quitar el peine y la bala de la recámara después de la acción; como último consejo, se recomendaba cuidar el peine de la munición como si fuese el conjunto en sí mismo (AMLN-T, 1969 [9]). A modo de resumen, incluían “tres reglas de seguridad fundamentales para manipular armas de fuego: revisarla siempre cuando se recibe o se entrega; no apuntar a persona alguna que no se le quiera hacer daño aun sabiendo que está descargada; y no colocar el dedo en el gatillo hasta que no vaya a disparar” (AMLN-T, 1969 [10]). Algunas de estas medidas eran básicas para el manejo de armas y proporcionaban un recordatorio constante de lo que se debía hacer en cada momento, aunque las situaciones de combate real o de máxima tensión podían hacer olvidar tales reglas.

Otro documento conocido como “ejercicio de ferretería” era un manual de prácticas de tiro en el que se planteaban una serie de tareas: apuntar veinte veces descansando; gatillar “hasta pudrirse”; martillar, cargar y descargar el arma; poner y quitar el seguro (AMLN-T, 1972 [11]). Consideraban tres posiciones clásicas: de pie, rodilla en tierra y cuerpo a tierra; y seis de combate: caída para atrás, de pie, a la carrera, de frente y de flancos, de espaldas y tiro instintivo sin apuntar. La cuestión principal era que todas aquellas medidas escritas debían desarrollarse y los espacios para el entrenamiento con armas de fuego eran muy reducidos. Muchos grupos guerrilleros o terroristas del mundo buscaron otros lugares, amparados por organizaciones afines, con el objetivo de poder entrenar y probar las armas, especialmente las más pesadas. La organización terrorista ETA buscó en Colombia, protegida por las FARC, campos de entrenamiento para sus famosos Jotake, lanzagranadas, y es sabida la existencia de campos terroristas en países de África y Oriente Medio en los que se daban cita terrorista de todos los continentes. El MLN-T, al desarrollarse en un ambiente urbano tenía pocas expectativas en cuanto a las prácticas y “ejercicios de ferretería”, lo que condicionó que su armamento fuese preminentemente ligero y personal y apenas tuvieran contacto con armas pesadas a excepción de explosivos.

4. Sabotaje y operaciones

El manual práctico para el sabotaje constaba de una guía de cuarenta y nueve páginas fechadas en 1969 que explicaba de una manera detallada las formas más comunes y cómo ejecutarlas con éxito. Entre las prácticas habituales estaba registrada la manipulación de teléfonos, postes, hilos y cajas de bornes; los telégrafos, especialmente los del ferrocarril; al igual que el trabajo en líneas de iluminación que podían ser muy útiles en caso de pretender dejar una zona o casa a oscuras durante una operación (Mercader & De Vera, 1970: 173). El texto trató los sistemas de almacenamiento de materiales inflamables. El MLN-T, aunque no atentó con explosivos contra objetivos humanos, realizó en cambio dianas materiales y perfeccionó su uso a lo largo de los años. Pusieron especial esmero en la manipulación de vehículos, saboteándolos para poder ser utilizados tras un robo mediante arranque alternativo, para convertirlos en coches bomba o con el fin de inutilizar sus frenos (AMLN-T, 1969 [12]), pero también en este aspecto sus actividades estuvieron muy encorsetadas pues debían realizarse en garajes, cocheras y naves alejadas de las miradas curiosas. Trataron la obstrucción de carreteras y vías y esencialmente el conocimiento de las instalaciones de fábricas o intereses norteamericanos en Montevideo, sobre los que concentraron sus ataques.

Las operaciones con la finalidad de conseguir dinero, ergo financiación para continuar la lucha armada, fueron un aspecto importantísimo del MLN-T: “No hay desarrollo ni avance si no hay medios materiales que lo permitan” (AMLN-T, 1968 [13]). Por ello redactaron también un documento que trató de marcar las pautas a la hora de conseguir llevar a buen efecto los planes de tipo económico. Las aportaciones de los simpatizantes resultaron insuficientes y se hizo “necesario recurrir a la expropiación”, propiciando que la organización crease un manual para llevar a cabo acciones con éxito. Un ejemplo que incluyeron en sus textos fue la expropiación de un banco por el “procedimiento de asalto a mano armada” y dividieron el proceso en cinco etapas: información, planificación, ejecución, retirada y valoración (AMLN-T, 1968 [13]).

La primera de ellas requería un meticuloso análisis de las condiciones geográficas, con valoración de los puntos “críticos” que pudieran poner en peligro la operación tales como comisarías y cuarteles, y reunía aspectos referentes a horarios, cambios de guardia, afluencia de personal o alarmas disponibles. Tras este examen se llevaba a cabo una fase de verificación para descartar posibles informes falsos o erróneos. La segunda etapa de la operación era la planificación, consistente en realizar un esquema. La debía dirigir el jefe y ser un trabajo en equipo. Sobre este asunto, el documento era muy claro: “El responsable debe sintetizar los aportes y las ideas del grupo y hacer un esquema de la operación” (AMLN-T, 1968 [13]) y suponía la jerarquización, también en los niveles más bajos del MLN-T, cuestión necesaria para mantener el orden y la efectividad. El fin de una planificación apta era dejar al margen el mayor número de imprevistos posibles, y se basaba en el material humano, capacitado y con experiencia para el tipo de misión, así como otras de tipo logístico y material. Se puso el acento en el uso de armas cortas: “indicadas por su operatividad [...] en lugares de mucha concentración de gente se hace necesario que nuestros movimientos y apariencias se confundan con quienes circulan o nos rodean” (AMLN-T, 1968 [13]), por lo que eran aconsejables pistolas semiautomáticas de calibre nueve milímetros y cuarenta y cinco⁸. Esta circunstancia era también producto de la escasa posesión de armamento pesado y los inexistentes planes para conseguirlo. Asimismo, se apostó por el uso de vehículos, con matrículas cambiadas y a ser posibles pintados en otros colores a los originales, en caso de ser robados, lo que requería tener en nómina a determinados talleres mecánicos y de pintura. El tercer paso de la operación consistía en la ejecución, aplicando el factor sorpresa, la simultaneidad en las acciones y la sincronización de cada comando que participase en la misión. El líder debía contar con capacidad de respuesta y haber asignado un segundo de a bordo. Aspectos como “control de las puertas [...] y tener bajo supervisión las vías de retirada”, fueron realidades reflejadas en el documento. Por último, pese a que no se atendieron estos puntos con la debida perseverancia en el manual, se procedía a la retirada y a la valoración de lo sustraído. Tanto las tácticas de combate como los sabotajes fueron, consecuentemente, la herramienta primordial de la organización para llevar a cabo sus acciones y la importancia que se las dio desde la cúpula se reflejó en la incidencia de manuscritos haciendo mención a las mismas. Es del todo lógico que la financiación de una organización insurgente fuera uno de sus mayores problemas. En muchas ocasiones, los tupamaros compaginaban sus empleos con las actividades clandestinas, pero una vez que un miembro era detenido o fichado por la policía, debía pasar a la clandestinidad y abandonar su vida social y familiar. Con el tiempo, cada vez fueron más los militantes que vivían así y que fueron sustentados por la organización, así como los presos en las cárceles, que demandaban gastos aunque sólo fuese para garantizar su silencio.

5. La información

Si las armas y la preparación eran esenciales, más importante aún para una organización clandestina y dedicada a la guerrilla urbana era la información. La cúpula del MLN-T la consideraba un arma en sí misma: “La información es un hecho dinámico, tan dinámico como la lucha toda” (AMLN-T, 1971 [14]). Cada tupamaro debía ser un informante y notificar todo lo que pasara a su lado, fuera trascendental o considerado nimio. Para la cúpula, cualquier detalle, por mínimo que pareciese, podía encajar en un contexto general. El conocimiento, por tanto, era cosa de todos los militantes. El MLN-T no tenía una infraestructura tan fuerte como para poseer un servicio de inteligencia y la transmisión de datos “corría por cuenta de todos”. En el documento nº2 hicieron mención a la necesidad de escuchar las corazonadas de cada guerrillero y servirse de cualquier intuición para adelantarse a los peligros (AMLN-T, 1968 [8]). También en esta circular daban instrucciones precisas sobre qué temas informar y la forma de hacerlo: debía ser de inmediato, porque “la rapidez es parte de nuestro éxito”; de forma objetiva; presentada en formato claro y conciso, pero siendo lo más completa posible; y debía ser absolutamente veraz, es decir, antes de transmitirla estar contrastada por varias fuentes para evitar datos falseados que condujeran a posibles crisis. Había que cuidar, por indicación de la cúpula del MLN-T, otros aspectos como estar alerta de las fuerzas del orden, hacer que la información llegase a cada compañero eficazmente y continuar extendiendo el mensaje político y propagandístico de los tupamaros. Pero, sobre todo, había que mostrar especial atención a las noticias válidas para la organización como “los políticos prostituidos, diplomáticos, chanchos, conexiones con el imperialismo, cocinadas internas,

⁸ Cuarenta y cinco es el calibre de la pistola semiautomática que tiene un calibre de 0,45 pulgadas.

etc. (AMLN-T, 1971 [14]).”

Otra circular emitida en febrero de 1971 fue titulada “Materia: Fuerzas Armadas”, elaborada por la experiencia de la columna 60 y que se unía a la necesidad de conocer al enemigo de una manera clara para poder enfrentarlo. La misiva aconsejaba el estudio del ejército desde los siguientes enfoques: personas; bases; corrientes de opinión; movilidad, locomoción y táctica; instrucción militar recibida; y logística (AMLN-T, 1971 [15]). El documento se proponía la búsqueda de datos desde tres perspectivas: a través de los comandos, de las publicaciones y de la acción adrede. En cuanto a la información que debían compartir las propias células o en su defecto los jefes de estas, se invitaba a que fueran escritos a una cara para evitar calcos de tinta y confusiones en la lectura; que tuvieran letra clara, sin abreviaturas; que a pesar de ser una información concisa fuese lo más completa posible; que se identificara con el nombre, sector y columna del emisor; y que estuviese fechada. Todos esos requisitos eran necesarios para llevar a cabo una comunicación triunfante y pasar un primer filtro. Si faltaba alguno de ellos podía considerarse un informe truncado o ser falso, emitido por la policía a modo de trampa.

En cuanto a las publicaciones, la información obtenida era también significativa y se recomendaba que llegase la misma a cada célula y columna, con el fin de unificar criterios (AMLN-T, 1971 [15]). Esto constituye una de las mayores pruebas de que el MLN-T realizó un enérgico adoctrinamiento de sus militantes con el interés de crear disciplina y unidad ideológica, consiguiendo el funcionamiento automático de la organización pese a estar formada por personas con distintos pensamientos. El MLN-T consideró necesario idear un sistema que consistía en crear una ficha por cada militar sobre el que hubiese información y poder extraerla de manera rápida usando unas perforaciones y valiéndose de unas agujas que encajasen en la oquedad a elegir. Las reseñas, por orden alfabético, consideraban como datos de cada militar: nombre y apellido, domicilio, edad, estado civil y cónyuge, núcleo familiar, vehículo, destino, mando y otros datos complementarios como horarios, amistades y costumbres (AMLN-T, 1971 [15]). Esto convirtió el fichero del MLN-T en una rentable herramienta contra los militares, ya que además se consideraba el cuerpo, el grado e incluso la ideología del fichado. Otra forma de ordenar el fichero castrense fue por el destino. Se elaboró un documento con los diferentes ámbitos en los que podían terminar oficiales y soldados, y una lista completa de los militares que había en cada uno de ellos. De ese modo, sabían en todo momento qué clase de tropa, suboficiales y oficiales había destinados en cada acuartelamiento y con la información disponible en el archivo anterior podían operar, extorsionar y ejecutar acciones con éxito (AMLN-T, 1971 [15]). Además, crearon un tercer directorio denominado “lista C” en la que se relacionaba cada nombre de los registros anteriores con un número. Con ello se procuraba mayor velocidad en la búsqueda de información y además se conseguía un inventario codificado.

No sólo se centraron en la información de los miembros de las Fuerzas Armadas sino que recopilaban toda clase de datos de las bases y acuartelamientos, como aeropuertos, destacamentos, puertos y puestos fijos. Las cifras disponibles en la relación de estas bases fue fundamentalmente el número de plantas y edificios de cada una; hombres que pasaban allí revista, clasificados en grados; tipo de armamento y la munición de la que disponía; cantidad y modelo de los vehículos; guardias, su distribución, horarios y rutinas; y las comunicaciones con otras instalaciones (AMLN-T, 1971 [15]). Se consideraron también las corrientes de opinión dentro de las Fuerzas Armadas, clasificándolas y relacionándolas con la ideología de cada uno de los militares. Se tuvo en cuenta cómo entraban las noticias en los cuarteles, cómo eran recibidas, el estado de ánimo que provocaban y se intentó interpretar para dar un sentido a una potencial infiltración en las Fuerzas Armadas. La información sobre la movilidad de las tropas también fue considerada, así como el número y tipo de vehículos, sus características mecánicas, sus proveedores, repuestos, conductores disponibles y en la reserva e incluso la velocidad de respuesta (AMLN-T, 1971 [15]). Igualmente, se estudió la instrucción castrense y los cursos que se ofrecían a los militares en cualquiera de sus categorías, especialmente en los de táctica antiguerrilla. También los apoyos logísticos fueron enumerados y clasificados en carpetas. Cualquier elemento que las Fuerzas Armadas utilizasen como bienes, accesorios, suministradores y centros de aprovisionamiento, fueron analizados.

6. Instrucciones a militantes

Dicho documento, editado en octubre de 1971, fue un manual de orientación sobre diversos aspectos, destinado a los tupamaros de todos los niveles. Se dividió en varios apartados: las labores, la discusión política, el trabajo manual, la iniciativa y la vida propia, la planificación de trabajos y balances, y la distribución de responsabilidades, con un mensaje final que rezaba: “este material no puede caer” (AMLN-T, 1971 [16]). El MLN-T era una organización basada en cientos de componentes y, cada función a realizar era sumamente importante para que la causa triunfara: “la mayor parte de estas tareas, son pequeñas, insignificantes vistas aisladas, pero que día a día hay que estar sobre ellas, hacerlas y hacerlas bien” (AMLN-T, 1971 [16]). El mensaje del comunicado era claro: “todos debemos estar a las chicas y a las grandes”, poniendo énfasis en la necesidad de colaborar en cada acción y que los militantes hiciesen aquello que se le había encomendado. Su incumplimiento implicaba que todo podía hundirse y, por tanto, responsabilizaba no al grupo sino al propio individuo. Esta estrategia resultó ser muy efectiva pues cada guerrillero terminó respondiendo por sí mismo ante lo demás y probablemente influenciado por las relaciones personales que tenía con el resto de sus compañeros. El hecho de traicionar a la organización podía ser un tema abstracto y no revestir pasiones, pero hacerlo con un compañero con el que se habían vivido acciones de lucha o compartido la clandestinidad durante meses era distinto. Y la cosa se podía complicar con las relaciones sentimentales o familiares porque nadie quería fallar a sus seres queridos.

Se recomendaba también regular las discusiones políticas. Para la organización había dos tipos de debates, los llevados a cabo por integrantes recién llegados, todavía muy jóvenes, que definieron como “bronca de boliche”, que no tenía utilidad y la “fierrea”, que era todo lo contrario, la que defendían los militantes que pensaban que no debía haber verborrea ideológica. El grado de adoctrinamiento desde la cúpula del MLN-T era tal que recomendaron regular el “tiempo insumido en la discusión” (AMLN-T, 1971 [16]) y como indica Eduardo Rey Tristán, los argumentos más recurrentes fueron el método para alcanzar el poder, el tipo de organización y la forma de lucha (Rey Tristán, 2005: 129). No todo era motivo de enfrentamiento político y ciertos aspectos debían quedar en manos de la cúpula porque “de lo contrario habremos logrado una Orga muy democrática pero paralizada”. En un nivel de célula, se aconsejaba discutir todo en cuestiones de funcionamiento para ir mejorando en la creación de una estructura más efectiva, así como emplear un tiempo reglado a reñir contenidos de la lucha urbana para entender el proceso político del país, para homogeneizar las opiniones de los guerrilleros y para descubrir nuevas ideas entre los militantes. Sin embargo, durante las acciones no estaba permitida la discusión. Había un mando y el resto obedecían, y lo mismo ocurría cuando había cosas más importantes que hacer que reclamaban la atención de la célula o la columna. En cualquier caso, permitido o no, el coloquio también estuvo sujeto a unas normas:

La discusión es productiva cuando cada compañero oye al que habla y extrae de lo dicho las cosas buenas, cuando cada uno dice en forma concreta lo que piensa sin repetir argumentos o ideas ya planteadas, sin hacer de su planteo un discurso de barricada; cuando cada compañero va a discutir para extraer la idea mejor y no para imponer sus ideas [...] la discusión debe comunicarse de manera de ir extrayendo conclusiones una vez finalizada, debe haber alguna resolución concreta. No es posible hacer una reunión, pasarse horas hablando y finalmente no sacar nada en concreto (AMLN-T, 1971 [16]).

Las discusiones debieron ser intensas en todos los niveles, más cuando entendemos que la vida clandestina obligaba a muchas horas de encierro en escondites y las relaciones humanas de los tupamaros se reducían a cruzar unas palabras con los compañeros que tuviera cerca. Además, entre los miembros del MLN-T había una gran cantidad de estudiantes universitarios y personas jóvenes, más proclives al enfrentamiento dialéctico y a las pasiones ideológicas que los mayores.

Otra de las instrucciones a militantes fue el recordatorio de la relevancia del trabajo manual. Todos los guerrilleros debían tener la destreza y la iniciativa para hacer lo que se le mandase en cada momento con polivalencia y, para ello, los más teóricos eran los primeros elegidos para la realización de tareas físicas como cavar un pozo o un berretín (Mercader & De Vera, 1970: 118). Incluso estuvo regulado el empuje personal.

Se esperaba de cada tupamaro no se limitase a realizar las actividades encomendadas desde la cúpula del MLN-T, desde la columna o las propias de la célula, sino que ejerciese acciones de forma voluntaria, positivas para el funcionamiento de la organización, porque “la inactividad lleva a la desmoralización, a deformaciones de cualquier tipo o en el mejor de los casos a no servir para nada, es necesario incluso mantenerse activo en los periodos de entierro [...] y es responsabilidad exclusiva del militante” (AMLN-T, 1971 [16]). La planificación de actividades se decidía en la reuniones semanales de cada célula, a veces incluso tres, en las que había un orden del día y se decidían las tareas a realizar con tiempo y un responsable por cada una debido a que “la práctica indica que cuando se resuelve en conjunto hacer algo, nadie se encarga de hacerlo, normalmente todos se olvidan” (AMLN-T, 1971 [16]). Y en este sentido, se exoneraba al jefe de la célula que acaparase las acciones más importantes, relegando el trabajo entre todos. El conjunto de las directrices que se dieron desde la cúpula del MLN-T en todos los niveles estuvieron sujetas a una afanosa disciplina: “Los que violaban el reglamento eran sancionados. Por faltas graves se podía incurrir incluso en la expulsión” (Azcona & Re, 2015: 197).

7. Manual sobre interrogatorios

Cuando la prevención, la planificación y la ejecución salían mal, era la policía y las preguntas lo que esperaban al tupamaro capturado, pero también aquello estaba regulado en un manual de interrogatorios. Había nada menos que dieciocho reglas publicadas en 1969 y reeditadas en 1971 (AMLN-T, 1969 [17]), que prepararon a los guerrilleros para una declaración ante las fuerzas del orden sin comprometer a sus compañeros y a la organización, y con exiguo sufrimiento. Las torturas a las que supuestamente se expusieron los tupamaros fueron desde el plantón, que consistía en dejar al detenido de pie durante horas a otras más graves como el caballete y el submarino (Brum, 2004: 304; Rodríguez Almada, 2019: 49)⁹.

Lo primero era negar la mayor, lo que conllevaba cualquier vinculación con la organización, aseveración difícilmente sostenible en el tiempo. Esto conducía ante nuevas presiones y métodos, y el interrogado debía entonces cambiar su estrategia, declarando que “los fines no eran derrocar al gobierno sino cambiar las estructuras” y que su vinculación era reciente y sólo se había acercado al MLN-T por un asunto simple de curiosidad. El inquirido no debía decir fechas exactas, ni días, ni cantidades, como mucho “más o menos o no recuerdo bien”, nunca afirmaciones rotundas sino ambigüedades como “puede ser o no sabría decirlo” (AMLN-T, 1969 [17]). Tampoco había que obviar que las fuerzas de seguridad, calificadas como “ellos” en el documento, tenían muchos datos y podían conocer la verdad, pero era preferible decir cosas que no tuvieran demasiado sentido o parecieran exageradas porque eran “ellos” los que estaban en la obligación de demostrar que era mentira. Las reglas continuaban aconsejando al guerrillero que jamás considerara algo afirmado por “ellos” como una verdad absoluta y desconfiase de supuestas declaraciones o confesiones de otros, ajustándose a la versión propia. La inconcreción era la mejor defensa del guerrillero porque una aseveración en mal momento podía inducir a la policía a pensar que se sabía más y prolongar el interrogatorio peligrosamente. Por supuesto, el manual proseguía con una negación completa de haber participado en acciones de ningún tipo, así como a no reconocer delitos pese a ser denunciados por posibles chivatos: “pensar siempre que son testigos fabricados por la policía. Recordar que las acusaciones de un solo testigo no tienen valor” (AMLN-T, 1969 [17]).

Ante el requisamiento de la policía de materiales o armas en posesión, el boletín proponía al tupamaro actuar con la misma ambigüedad con expresiones como: “me fue entregado por una persona x”. Asimismo, no debían declarar sobre el uso de documentos falsos pese a tenerlos en posesión en el momento de la detención y tampoco reconocer a otros compañeros. Un aspecto importante lo constituyó la pauta número catorce en la que se decía: “En caso de ser clandestino y ser detenido, declarar que se pasó a la clandestinidad por temor a

⁹ El caballete era un procedimiento de tortura similar al potro medieval en el que el detenido era posicionado en un elemento duro sobre sus partes íntimas y mantenido así en el tiempo con el consiguiente dolor agudo inmediato y pudiendo desarrollarse una serie de lesiones a largo plazo como la disfunción eréctil y la insuficiencia renal. Mientras que el submarino consistía en la inmersión en un líquido, normalmente agua, aunque podía tratarse de residuos fecales, privando al detenido de oxígeno y alterando el sistema respiratorio y cardíaco.

las torturas” (AMLN-T, 1969 [17]) y la número quince: “importante recordar que la que vale es únicamente la confesión ante el Juez. La hecha en la policía debe ser modificada ante el Juez” (AMLN-T, 1969 [17]). Y recordaba del mismo modo la necesidad y derecho del detenido a declarar en presencia de su abogado apostillando: “ojo que esto casi nadie lo sabe”. El compendio, con todas sus indicaciones, quedaba mucho más claro para los lectores tupamaros con un ejemplo de interrogatorio de la policía consistente en veintisiete preguntas a las que se contestaba a todas sin concretar absolutamente nada. Ante requerimientos como “Ud. Llevaba documentos falsos ¿quién se los dio?”, la respuesta era: “No sé. Me lo dieron dentro de un sobre. No sé si son falsos” o frente a “Adolfo ¿qué?”, la contestación se resumía en: “Los compañeros solo nos conocemos por el nombre. No tenemos apellido” (AMLN-T, 1969 [17]). Lógicamente, las torturas, especialmente a partir de 1973 cuando Uruguay pasó a ser una dictadura militar, fueron una realidad e hicieron que estas instrucciones fueran olvidadas cuando un militante se veía sometido a las mismas.

Para complementar estas tácticas, el MLN-T editó otro documento en 1972 en el que se planteaba la creación de un estado de opinión entre la población a costa de evidencias sobre torturas y malos tratos en las cárceles y cuarteles de la policía. La tensión, que se había incrementado a lo largo del año frente a la lucha contra las Fuerzas Conjuntas, llevó a la cúpula de la organización a buscar el apoyo de la ciudadanía presentándose como los represaliados, y para ello, dio instrucciones a los abogados y a sus detenidos. Su misión era denunciar a las fuerzas del orden para desacreditar sus acciones y encontrar la empatía de la población “utilizando para ello hechos reales o montando un gran escándalo mediante versiones que impacten a la opinión del pueblo” (AMLN-T, 1972 [18]). Para lograrlo, la cúpula dictó una serie de patrones: “No formular denuncias aisladas. No confiar en la acción de los familiares solamente. No concurrir a otros abogados que no sean a los comprometidos con el MLN-T. Utilizar la mayor cantidad de denuncias, a modo de sistema, buscando reunir un buen número de compañeros denunciadores” (AMLN-T, 1972 [18]). Es evidente que, tan importante como la estructura de la organización y las acciones llevadas a cabo lo era la clandestinidad, pues sin ella, los tupamaros en ningún modo habrían podido permanecer en un espacio tan reducido e íntimo como Montevideo, donde todo el mundo se conocía y los rumores se extendían con facilidad.

8. Salud, higiene y enfermedades

Uno de los problemas más significativos para la clandestinidad de la organización guerrillera en el ámbito urbano era la sanidad y la atención médica. Cualquier visita a un hospital con una herida comprometida hacía saltar las alarmas y ponía a las Fuerzas de Seguridad en la pista, de modo que el MLN-T ideó un sistema para resolver dicho despropósito al que denominó el hospital del pueblo (Brum, 2004: 325)¹⁰. Claro está, para situaciones más livianas, el grupo había previsto una serie de instrucciones en un documento conocido como el manual de sanidad (AMLN-T, 1968 [19]). En el mismo, se exponían cuatro supuestos: shock, tratamiento de heridas, cuidado del lesionado en el estado de coma y tratamiento del quemado. A lo largo de varias páginas, se daban instrucciones precisas para atender cualquiera de estos escenarios, que aliviaron sobremanera a los militantes, pues algunos, fichados o con órdenes de busca y captura no podían permitirse ir a consulta médica ni siquiera por un resfriado común. Primero se referían los síntomas y después se orientaba a realizar el mejor tratamiento. Todas las situaciones contemplaban que los daños se habían provocado por un acto violento y en la totalidad de estas estaba presente el factor del tiroteo y las heridas de bala que podían llevar a la víctima al coma, al estado de shock o al desangramiento. Prueba de ello es que en la descripción de la receta contra el shock indicaba: “cubrir la herida [...] tapar la hemorragia [...] taponamiento con gasa [...] de la cavidad que sangra, vendaje compresivo [...], torniquete, pinzamiento o atadura de la arteria [...] si se la puede ver después que se ha colocado el torniquete” (AMLN-T, 1968 [19]). Para las acciones descritas se hacía cabal tener conocimientos previos en primeros auxilios y alcance a una serie de medicinas y material médico como vendas, dextrosa, tintura de yodo, valium, glucofisiológico, mercurio cromo, estreptomycinina y penicilina, lo que presumía una alta organización y el avituallamiento de múltiples escondites en la zona metropolitana de Montevideo o en agujeros en el metro de la capital (Brum, 2004: 218).

¹⁰ Según el director de inteligencia Víctor C., el Hospital del Pueblo contaba con seis unidades de cirugía liderados cada uno de ellos por un por reputados cirujanos.

Un segundo documento (AMLN-T, 1968 [19]). comprende otras situaciones entre las que destacaban lesiones cráneo-encefálicas, heridas maxilofaciales, daños del ojo y párpados, traumatismos raquideomédulares, laceraciones de cuello, heridas de tórax, contusiones de abdomen, pelvis y miembros, así como una serie de cuidados como la inmovilización, la colocación de yesos, el transporte de heridos, el tratamiento de quemaduras, la analgesia, la sedación, los anestésicos locales, los antibióticos, los proyectiles y sus efectos, y las enfermedades médicas, todo ello desarrollado a lo largo de un manual que abarca desde la página veinticinco hasta la sesenta y dos. En cuanto a las medicinas, publicaban un capítulo completo describiendo su uso, la dosis y la forma de administrarlas. Un ejemplo es el vendaje para ocluir el ojo: “materiales: gasa o corbata o pañuelos, arrollados en forma de cinta. Procedimiento: con una cinta se venda el ojo tapado, previamente se calza por debajo con otra gasa, del lado del ojo sano a los efectos de poder levantar el vendaje en este sitio y dejar así el ojo sano al descubierto. Otra forma es poner un apósito con esparadrapo” (AMLN-T, 1968 [19]).

También ocuparon un destacado espacio las instrucciones para el transporte de heridos “a gatas [para casos en que es inconveniente incorporarse]” (AMLN-T, 1968 [19]). que manifiestamente hacen alusión a momentos de lucha como tiroteos con las fuerzas del orden. En definitiva, las heridas de bala eran la máxima preocupación del compendio y no dejaron de dedicar un capítulo completo a sus efectos. Las lesiones por arma de fuego fueron divididas para su cura en cinco tipos: proyectiles secundarios (por rebote o metralla), de forma indeterminada (granadas), en forma de balines, con arma de cañón estriado y de escopeta (AMLN-T, 1968 [19]). También mencionaron los daños colaterales de una onda expansiva causados por el cambio brusco de presión que afectaba mayoritariamente a los pulmones. Pero no sólo consideraron los efectos traumáticos relacionados con la lucha, sino cualquier otro tipo de enfermedad que acechara a los guerrilleros, ya que acudir a un hospital o un centro médico podía poner en peligro la clandestinidad de la organización. El militante debía mantener una salud fuerte motivada por aspectos como la alimentación, el descanso, la higiene, las consideraciones previas a una acción y la prevención de males comunes. Una gran parte de los miembros del MLN-T estaba fichada por la policía o tenía antecedentes y eran fácilmente detectables en el ámbito urbano, de modo que los manuales de sanidad incluyeron conocimientos exactos para actuar frente a enfermedades del aparato digestivo como mareos, diarreas, cólicos, acidez; a procesos griposos así que el dolor de oídos, de garganta, de cabeza; o de cara a otros padecimientos referidos al insomnio, la conjuntivitis y la alergia. Todos estos males debieron ser más frecuentes de lo que se piensa dada la situación de clandestinidad. El encierro o concentración en escondites y la austeridad que promovía la organización se manifestó, probablemente en menos horas respirando aire puro, recibiendo los rayos del sol, haciendo ejercicio o manteniendo una dieta variada, acusaron mayores problemas.

El manual de sanidad prevenía problemas como los hongos y las caries, exigiendo a los guerrilleros: “Limpieza de manos, de uñas, baño diario, secado de pies y lavado de dientes” (AMLN-T, 1968 [19]). La higiene ambiental era uno de los primeros focos de la propagación de virus y por ello recomendaban en los escondites de las células: orden y limpieza, ventilación de habitaciones y sótanos, y un exhaustivo control del agua. Proponían incluso que clase de vestimenta había que llevar en las acciones: uso de ropa impecable para evitar “mayor contaminación en caso de accidente”, la indumentaria oscura para “disimular señales de sangre” y el uso de un trapo o pañuelo con el fin de practicar el taponamiento de heridas o de torniquetes. De este modo, el tomo invitaba a no tomar alimentos tres horas antes con el objetivo de mantener el estómago vacío y evitar corrupciones en caso de sufrir una herida, no consumir tranquilizantes ni estimulantes y, por supuesto, no ingerir bebidas alcohólicas ni drogas (AMLN-T, 1968 [19]). Por último, era pertinente identificar el grupo sanguíneo antes de cada operación armada de una manera clara y visible.

Respecto a la nutrición, estaban perfectamente establecidos los grupos de alimentos que podían consumirse y la dieta ideal que correspondía tomar a un tupamaro diariamente para mantenerse sano: medio litro de leche; verduras, frutas, pasta, azúcar y aceite; tomar por semana: dos veces pescado, tres carne; dos huevos y unas cinco veces granos y legumbres. Recomendaban, para guerrilleros que tuvieran que moverse, el uso de alimentos fáciles de transportar y de escasa caducidad como chocolate, maníes, frutos secos, sardinas, sal y enlatados (AMLN-T, 1968 [19]). Sobre el descanso, consideraban oportuno practicar un sueño de entre siete

y ocho horas y en caso de reducirse a menos de cinco, complementarse con una dieta rica en calorías.

9. Plan de salidas al campo

Otra circular interna del MLN-T fue el de las salidas al campo con el objetivo de “crear espíritu de cuerpo o de grupo, completar en la práctica los ejercicios de tiro, entrenamiento físico y organización de tareas” (AMLN-T, 1971 [21]). La situación de los tupamaros en Montevideo y su zona metropolitana, no constituía un espacio en el que poder desarrollar la praxis descrita en los manuales, como por ejemplo las de tiro o maniobras de tipo militar, de modo que la forma de realizarlas era a las afueras del cinturón urbano. Por esa razón, las salidas al campo constituyeron un momento trascendental en las filas tupamaras. A pesar de que las zonas rurales de Uruguay eran un lugar en el que poder realizar dichas tareas, la superficie llana del país y la inexistencia de grandes cadenas montañosas y espesas junglas no ofrecía una cobertura tan grande como a las guerrillas rurales de otros países de Latinoamérica y el riesgo a ser descubiertos era constante (Zabalza, 2016: 215). Para más abundamiento, los tupamaros debían mantener todas las medidas de seguridad que ponían en marcha en el entorno urbano y seguir así velando por su clandestinidad para esfumarse de la capital. El documento sugería simular la salida como una jornada de disfrute o de pic-nic, incluso entre las miradas de los vecinos de Montevideo y al llegar a la zona, asegurarse de conocerla bien y operar sin exponer equipos excesivamente llamativos a la vista de otros campistas. Para ello, el texto también aconsejaba los enseres que debían portar los militantes. A nivel individual se recomendaba un bolso, un cuchillo, recipientes de plástico, cantimploras, jarro, plato hondo, cuchara, ropa, fajina y pantalón corto en verano. En cuanto al equipamiento a nivel grupal se aconsejaba llevar: olla, cucharón, comestibles para cocinar, hacha y cuerda con nudos cada cuarenta centímetros. En caso de pernocte, se hacían necesarios sacos de dormir y tiendas de campaña (AMLN-T, 1971 [21]).

El lugar donde se celebraban los encuentros para dichas tareas debía de estar aislado, en la medida de lo posible, de las miradas de otras personas y por ello, las precauciones eran aparcar los vehículos cinco kilómetros antes del punto de destino y caminar hasta él. Si los grupos eran demasiado numerosos, era aconsejable fraccionarlos y caminar por sendas distanciadas hasta converger en el campamento. Se sugería incluso un programa para una jornada de encuentros en el campo: a las siete de la mañana, hora inicial de la actividad, se emprendía la caminata hacia el campamento; a las nueve se realizaban ejercicios, cualesquiera de los antes descritos: prácticas de tiro, pruebas físicas, simulaciones de persecuciones o peleas; a las once comenzaba la preparación de la comida y a las dos de la tarde se iniciaban nuevos ejercicios variados; por último, a las cinco de la tarde regresaban hacia los puntos dónde estaban aparcados los vehículos (AMLN-T, 1971 [21]). De este modo, tanto en este texto como en los referentes a la salud y la higiene, la cúpula tupamara mostró atención al buen funcionamiento a nivel individual. Cualquier error, por minúsculo que fuese, podía afectar al conjunto y eso era algo que desde la cúpula sabían y querían evitar a toda costa cuidando cada detalle.

10. Conclusión

Después de analizar cada uno de los manuales y boletines editados por los tupamaros con la finalidad de adoctrinar a sus militantes, llegamos a varias conclusiones. En primer lugar, ratificamos que el MLN-T creó una ingente cantidad de documentación con la intencionalidad de dotar a sus guerrilleros de las herramientas necesarias para realizar su función con eficacia. No obstante, estos textos también sirvieron para elevar el tono disciplinario y crear una mentalidad de ejército en la organización, demostrando que el método y la conducta no están reñidos con las ideologías contestatarias y revolucionarias. Pero también hemos de suponer que las prácticas recomendadas no constituyeron una realidad y que fueron tan solo recomendaciones y guías, y nunca se tradujeron en una forma de vida. Muchos de los escritos establecieron pautas de convivencia y normas básicas en los militantes, llevando a estos a una posición muy parecida a la que son sometidos los soldados de los ejércitos regulares de cualquier nación del mundo. Esta circunstancia provocó que, en ciertas ocasiones, los militantes actuaran como soldados, sumidos en una animosa disciplina y sujetos a una serie de recomendaciones que debían cumplir con el fin de no faltar a la lealtad al grupo, especialmente de los más allegados, convirtiéndose en una red de relaciones personales que formaban una cohesión grupal. La clave

fundamental que observamos en la disposición de estos textos es precisamente la creación de una conciencia que conduce a la lealtad absoluta, basada en mantener la seguridad del camarada que combate al lado. Un fallo de comportamiento, de actitud o incluso de naturaleza táctica, era considerado poco menos que una traición hacia los compañeros porque conllevaba no sólo el mal funcionamiento de la organización sino el peligro para sus integrantes y para la clandestinidad del grupo.

Otra de las conclusiones que se extraen, a juzgar por los reglamentos, que no dejaron lugar a ningún vacío, es que la organización MLN-T fue altamente eficiente en sus funciones. A menudo, se ha tomado a los tupamaros como ejemplo de la lucha guerrillera urbana por excelencia (Azcona, 2018: 3) y en parte se debió a unas estrictas normas en el uso de los recursos de los que disponían¹¹, hecho que no debe atribuirse a todas las columnas ni unidades operativas de la organización por igual. Los tupamaros fueron expertos en el camuflaje social que emplearon en la ciudad de Montevideo, en el disfraz y en esquivar a los servicios de inteligencia y policiales uruguayos. El grupo no tuvo la capacidad suficiente como para desarrollar sistemas de contrainteligencia ni estuvo en condiciones de competir contra las inversiones que las fuerzas y cuerpos de seguridad de Uruguay destinaron contra ellos, razón por la que se dedicaron con más ímpetu en la tarea de hacer que cualquier acción, por minúscula que fuese, constase con medidas de seguridad propias y fuese ejecutada con diligencia. Las herramientas de contrainteligencia del MLN-T estuvieron recogidas en aquellos textos y su uso fue exigido a los militantes para salvaguardar la seguridad la organización, y a juzgar por el resultado de sus éxitos tácticos, respetada mayormente.

Con todo, podemos afirmar que la intención de los manuales y boletines dedicados a los guerrilleros tuvieron como finalidad la creación de un grupo sólido, incuestionable y cohesionado que actuara como un bloque, eliminando los personalismos, las discrepancias y regulando muchos aspectos tanto cotidianos como ideológicos, pero amparándose precisamente en el respeto al compañero, es decir, al más cercano, como medio de proteger al conjunto. Esto conduce a la idea de uniformidad extraída del análisis de los textos escritos por el MLN-T, en la que podemos observar como la cúpula tupamara pretendió que sus militantes guardaran una mentalidad castrense y una disciplina cuartelaria que otorgó al grupo grandes éxitos a nivel táctico y una prolongada vida en un espacio reducido como la ciudad de Montevideo, llevando a cabo una lucha guerrillera distinta y única. Sin aquellos manuales de instrucciones precisas, sin las premisas detalladas sobre todos los aspectos de la vida cotidiana y de la estrategia de lucha urbana, los tupamaros no habrían podido sobrevivir en un ambiente limitado como Montevideo, donde las fuerzas policiales y los propios vecinos constituían una amenaza constante.

Cómo citar este artículo / How to cite this paper

Azcona Pastor, J. M.; Madueño Álvarez, M. (2022). Manuales y precisas instrucciones para la praxis del perfecto guerrillero. El MLN-Tupamaros. *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, 7(1), 9-23. (www.cisdejournal.com)

Referencias

Documentos primarios

“Finalidad del Boletín”, 1969, carpeta 6, Archivo Movimiento Nacional de Liberación-Tupamaros (AMLN-T [1]).

¹¹ No han sido únicamente iconos o modelos compartidos por otras fuerzas insurgentes en el ámbito guerrillero y violento sino en aspectos políticos. En este sentido es interesante el trabajo de Gracia Santos, G. (2018). Aprendiendo de ellos, los procesos de difusión político-ideológica transnacional: MLN-Tupamaros y Brigadas Rojas. Tesis doctoral dirigida por Eduardo Rey Tristán (dir. tes.), Alberto Martín Álvarez (dir. tes.), Universidade de Santiago de Compostela.



- “Circular n°5: El problema de la seguridad”, 1968, Carpeta 6, AMLN-T [2].
 “Boletín de Organización y Seguridad”, 1969, Carpeta 14, AMLN-T [3].
 “Algunas recomendaciones de detalle”, 1969, Carpeta 14, AMLN-T [4].
 “Seguridad”, 1972, Carpeta 14, AMLN-T [5].
 “Documento n°1”, 1967, Carpeta 5, AMLN-T [6].
 “Circular n°3: Observar discreción”, 1968, Carpeta 6, AMLN-T [7].
 “Documento n°2”, 1968, Carpeta 5, AMLN-T [8].
 “Manejo y cuidado de las armas”, 1969, Carpeta 14, AMLN-T [9].
 “Manual de tiro del MLN”, 1969, Carpeta 14, AMLN-T [10].
 “Ejercicio de ferretería”, 1972, Carpeta 14, AMLN-T [11].
 “Manual práctico para el sabotaje”, 1969, Carpeta 14, AMLN-T [12].
 “Planificación de Operaciones”, 1968, Carpeta 6, AMLN-T [13].
 “Circular Interna: Compañeros necesitamos información”, 1971, Carpeta 14, AMLN-T [14].
 “Materia: Fuerzas Armadas. Servicio de información de la Columna 60”, 1971, Carpeta 14, AMLN-T [15].
 “Instrucciones a militantes”, 1971, Carpeta 14, AMLN-T [16].
 “Manual interrogatorios”, 1969, Carpeta 14, AMLN-T [17].
 “Por una correcta actitud frene al problema de la Seguridad”, 1972, Carpeta 14, AMLN-T [18].
 “Manual de Sanidad”, 1968, Carpeta 6, AMLN-T [19].
 “2ª parte del Manual de Sanidad” (escrito a mano), 1968, Carpeta 6, AMLN-T [20].
 “Circular Interna: Un plan de salidas al campo”, 1971, Carpeta 14, AMLN-T [21].

Fuentes bibliograficas

- Aldrighi, C. (2001). La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Aldrighi, C. (2007). El caso Mitrión. La intervención de Estados Unidos en Uruguay (1965-1973). Montevideo: Editorial Trilce.
- Aldrighi, C. (2009). Memorias de la insurgencia. Historias de vida y militancia en el MLN-Tupamaros. 1965-1975. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Alonso, R.; Demasi, C. (1986). Uruguay 1958-1968: crisis y estancamiento. Montevideo: EBO.
- Azcona Pastor, J. M.; Re, M. (2015). Guerrilleros, terroristas y revolución (1959-1988): identidad marxista y violencia política en ETA, Brigadas Rojas, Tupamaros y Montoneros. Madrid: Thomson Reuters Aranzadi.
- Azcona Pastor, J. M. (2018). Violencia política contemporánea en Uruguay y España: de Tupamaros a ETA. In J. David, Tan Lejos, tan Cerca: Miradas Contemporáneas Entre España y América Latina. Madrid: Tirant lo Blanch.
- Broquetas, M. (2014). La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Brum, P. (2004). Patria para nadie. La historia no contada de los tupamaros de Uruguay. Uruguay: Península.
- Duffau, N. (2009). El Coordinador. La participación de los militantes del Partido Socialista en los inicios de la violencia revolucionaria en Uruguay. Cuadernos de Historia Reciente, (5), 57-70.
- Fucik, J. (2021). Reportaje al pie de la horca. S/I: Editorial Cienfuegos.
- Giljo, M. E. (1979). La guerrilla tupamara. La Habana: Casa de las Américas.
- Gracia Santos, G. (2018). Aprendiendo de ellos, los procesos de difusión político-ideológica transnacional: MLN-Tupamaros y Brigadas Rojas. (Tesis doctoral). España: Universidade de Santiago de Compostela.
- Labrousse, A. (2009). Una historia de los tupamaros. De Sendic a Mujica. Montevideo: Editorial Fin de Siglo.
- Marchesi, A. (2019). Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del muro. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Marighella, C. (2009). Mini-manual del guerrillero urbano. Santiago de Chile: El Cid Editor.
- Mercader, A.; De Vera, J. (1970). Los tupamaros. Estrategia y acción. Barcelona: Anagrama.
- Nahum, B.; Frega, A.; Maronna, M.; Trochon, Y. (1990). El fin del Uruguay liberal, 1959-1973. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Perrault, G. (1981). La orquesta roja. España: Bruguera, S.A.
- Rey Tristán, E. (2005). La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973. Sevilla: CSIC.
- Rey Tristán, E. (2011). Democracia y Revolución: una convivencia compleja. El caso uruguayo. Navegamérica, 6, 1989-2110.
- Rey Tristán, E. (2016). Violencia y acceso al poder en América Latina. Revista CIDOB d'Àfers Internacionals, 112, 173-195.
- Rodríguez Almada, H. (2019). Métodos de tortura del terrorismo de estado en Uruguay y valoración médico-legal de su idoneidad para causar lesiones graves o gravísimas. Revista Médica Uruguaya, 35.
- Sasso, R. (2015). Tupamaros, la derrota. De pando a la caída de Sendic. Uruguay: Fin de siglo.
- Serge, V. (1972). Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión. S/I: Ediciones Era.
- Zabalza, J. (2016). La experiencia tupamara, pensando en futuras insurgencias. Montevideo: Amauta Insurgente.